

EL DISTRITO

SEMANARIO MAURISTA

SUSCRIPCIÓN: 1.50 PTAS. TRIMESTRE.

DIRECTOR: ANDRES FERNÁNDEZ LÓPEZ.

PAGO ADELANTADO

NÚM. 43. — AÑO II.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Vélez-Rubio 24 de septiembre 1916

DIRECCIÓN: CARRERA DEL CARMEN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: REINAS, 5 Y 7

Más sobre el discurso de Beranga

EL DESCUAJE DEL CACIQUISMO

Escrito expresamente para EL DISTRITO

En el discurso de D. Antonio Maura, nuestro insigne jefe y caudillo, hay poco espacio y poca atención consagrados a la política interna de España. El estadista ha sabido acusar, a la faz del país, aquellos negocios que hoy nos atañen con apremios y urgencias transcendentales sin pararse en melindres de asuntos que son para debatidos cuando el horizonte esté despejado allende mares y fronteras.

Empero, hay en la oración histórica de Beranga una parte consagrada a la política interior de España. El señor Maura no podía hablarle a su patria de cosas vitales en instantes supremos sin ir a buscar la raíz del mal allí en donde el mal puso su planta y raigó firme. Y el señor Maura habló, en efecto, de cosas internas y puso a los ojos de su país el panorama del caciquismo que corroea la entraña, la médula de la vida nacional.

A nosotros, hombres avezados a esta lucha política, empeñados a diario en la cruzada de Prensa que propugna la verdad, sólo la verdad, se nos vienen a los puntos de la pluma en montón que nos abruma y nos desconcierta un cúmulo tal de reflexiones y de recuerdos sobre este tema eternamente nuevo, por desgracia, del caciquismo que a duras penas se impone el freno necesario para detener el impetuoso torrente y dar un poco de método a nuestra opinión sobre el asunto.

«Si Dios me da vida yo estirparé la raíz del caciquismo». He aquí el programa de Maura en política interior... No puede apetecer pueblo alguno en los hombres que han de gobernarle algún día empeño más titánico, directoria más rectilínea, ideología más redentora que estas dos líneas en las cuales Maura, inflexible y tenaz, condensa la suma de todos sus anhelos para cuando en el Poder le sea dado aplicar la única triaca que contra todos nuestros males y alifafes ha de ser eficaz.

Estamos escribiendo para un

público que palpa las lacerias del cuerpo social, de su propio cuerpo, envenenado, gangrenado por las pústulas hediondas del caciquismo... Nosotros no señalamos personas ni épocas ni sucesos. Al dominio de la historia entregamos el pasado... Pero afirmamos que ahí, en Vélez-Rubio, como en todo el ámbito español, se está sufriendo el zarpazo grosero, insolente, desvergonzado de un abyecto caciquismo. ¿Quién de vosotros, velezanos, recuerda un día apacible, una hora de sosiego, un minuto de descanso, en la dominación que sobre vosotros ejerció y ejerce el caciquismo?...

Seamos sinceros, hablemos con lealtad. No acusemos a nadie en particular. Pero proclamemos que se pierde en la noche de la prehistoria, entre las sombras del olvido, la fecha en que Vélez-Rubio no fuera asolado por el tifón devastador del cacique... A veces, quizá no haya existido el cacique, la persona del cacique. Pero de la oligarquía, de la dominación, del sindicato bestial de todas las maquinaciones caciquiles, ¿quién puede considerarse salvo ni reputarse redimido?

Y desde la cabeza del Ministerio hasta la secretaria del último Ayuntamiento el «sacrosanto imperio caciquil» pone en la vida de España la unción miserable de sus manos envilecidas.

Se teje la torpe, la tosca urdimbre... Entrelazadas, combinadas, escalonadas las organizaciones que componen la gusanera caciquil, logran el dominio—un dominio ilegítimo—sobre el país y ostentan la autoridad y atropellan la justicia y son, en último término, los puntales de situación política que, formando Gobierno, nos representan ante el mundo. Y bien; ¿qué prestigio ha de tener un Poder público que debe su actuación al apoyo de «barateros y tahures», de sórdidos cacicatos ejercidos en la aldea por el Alcalde foragido, en el pueblo por el jefe solapado, en Madrid por el Diputado indolente o pérfido o ambas cosas a la par; en España por un Gobierno

que nació de toda esa escoria y que en el agua de esa cloaca pone su turbina para hacer su labor...?

Vea, pues, el lector como están intimamente unidos los problemas exteriores de España—hondos problemas de vida o muerte—a esa ponzoña que nos está destruyendo y recavando los cimientos de toda regeneración posible... Cosas distintas parecen la alcaldada del monterilla o la fechoría del diputado y el porvenir de España en la vida internacional. ¿Quién ha de pensar que una sencilla falsificación en documentos públicos realizada por un Alcalde de fama caciquil inveterada ha de tener la menor relación con un negocio de los que se ventilan en las Cancillerías diplomáticas? Pues es así. Y es así por el nexo que une toda la vida nacional hasta en sus más apartadas manifestaciones. Y es así porque sobre el ruin tinglado cuyos primeros fundamentos pone el monterilla se alza el Gobierno de la nación y es fuera, en el extranjero, la nación misma. Es decir que no se detiene la bellaquería del cacique en el pueblo, en el villorio, en la capital, en la corte, sino que trasciende con un acrecimiento incalculable de todos los males que va adquiriendo conforme va subiendo por la gerarquía del caciquismo hasta llegar a la Presidencia del Consejo...

«El descuaje del caciquismo! He ahí la única redención... Porque sin arrancar eso, nada se hace. Porque "EN ESTO ESTRIBA, EN ESTO SE ENCIERRA, LA POLITICA INTERIOR, Y LA POLITICA EXTERIOR, LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA, LA HACIENDA, LA FUERZA MILITAR, EL HONOR DE ESPAÑA, EL SOSIEGO DEL CIUDADANO"».

«Hombres nuevos para cosas nuevas» decía Larra... Para estirpar este caciquismo, este viejo y nefando caciquismo, es D. Antonio Maura la espuma, la nota, la flor de lo novísimo. D. Antonio Maura con una generación joven, limpia, culta, llena de herodres en el corazón y en el entendimiento y, por ende, antípoda de la anquilosis mental y moral de quienes al ejercer el cacicato degradan a sus semejantes y se degradan a sí mismos...

Mediten los pueblos sobre lo que les conviene. Que en éste ca-

so su propio egoismo les señala el camino de la salud de la patria, "suprema lex"...

LUIS DE GALINSOGA

Madrid, septiembre 19

Si quiere Vd. tener una amplia y desapasionada información de los sucesos de actualidad

LEA VD. "LA ACCION"

el diario de la noche, de mayor circulación en Madrid.

Tres preguntas

1. ¿Es cierto que el cacique de Vélez-Blanco, tiene en este Ayuntamiento un empleado *mo-mio*.

2. Se puede saber lo que hay de cierto respecto a la renuncia del cargo presentada por el Alcalde de Chirivel, D. Emilio Egea Lacal, y las causas que la han motivado.

3. ¿Es cierto que este Ayuntamiento piensa nombrar hijos predilectos de esta villa, a D. Diego López del Arenal, a D. Pio Navarro Moreno y a D. Ambrosio Ballesta López?

Cosas de D. Bernardino

Usted, don Bernardino, que tanto le gusta aquilatar las causas que motivan los actos humanos, y que hasta algunas veces, le he oído disculpar hechos considerados como verdaderos crímenes, ¿qué castigo daría Vd. a la madre que estranguló su hijo al nacer; ser inocente, simpático, pedazo de sus entrañas, continuación de su vida y esperanza de un risueño porvenir...? ¿Qué horror! ¿Qué depravación...! ¿Qué inconcebible perversidad...!

—Usted lo ha dicho, don Timoteo... ¿Qué inconcebible perversidad! Lo que es inconcebible por la razón serena examinado superficialmente, es comprensible llevando tranquilamente nuestro juicio a examinar las causas de esos hechos extraordinarios, horribles, que

ofrezcan la inteligencia y conmueven penosamente el corazón.

¡Una madre que mata a su hijo al nacer...!

¡Un niño que apenas saluda la vida con el primer vagido, siente en su garganta la terrible guadaña de la Parca cruel! No puede concebirse crimen más espantoso!

Pero, escuche usted, don Timoteo. Como usted ha dicho, soy aficionado a no juzgar los acontecimientos por la primera impresión que nos producen, y, especialmente, aquellos que por contraproducentes, absurdos y brutales, ofrezcan nuestra razón hasta el punto de producirnos una sensación inevitable de repugnancia, indignación y animadversión contra la persona que los produce. Este es uno de ellos, pero escuche una historia.

Dadas mis aficiones de penetrar las causas que producen ciertos hechos incomprendibles, (estaba en el campo) apareció una mendiga, a quien conocía, ya cuarentona, y que había sufrido condena por infanticida. Dígame hermanita—la dije—¿Qué motivos tuvo usted para cometer *aquel* hecho contra naturaleza? Si la insulto, no me conteste «¡Ah, no, señor! He sufrido y estoy sufriendo la expiación de mi terrible crimen... según le juzgo hoy; pero recuerdo la multitud de cosas que me agobiaron hasta llevarme a aquella locura. Era yo joven, bien parecida y viva de genio. Hija de pobres braceros, que apenas si ganaban para alimentarnos, ayudándoles yo en sus trabajos de campo, de nada sabía. Un trajecito tan mísero llevaba, que mis amigas, más desahogadas y mejor vestidas, casi me rechazaban. Pero, sin embargo, cuando juntas paseábamos y había hombres, fijábanse en mí y decían: «Lástima de muchacha. Qué hermosa es, pero qué miserable va... daría gusto verla con un traje bonito...! Empezaron a despertarse en mí no sé qué sensaciones extrañas y un vehemente deseo de ir tan *curiosa* como mis amigas; pero, ¿cómo? Tenía mucha pena... lloraba... ¡era tanta nuestra pobreza...! Un día, ¡maldito! una mujer, a quien yo conocía, ya entrada en años y que creí que por mí se interesaba, viendo mi aflicción, me dijo:—¿Qué tienes, Dolores?—Nada, le contesté, que estoy malucha.—No es eso; sé ya cual es tu aflicción... Un hombre hay enamorado de ti, y que pudiera hacerte feliz...

Aquel hombre me persiguió, me agasajó, demostróme ¡traidor! un profundo cariño, y los consejos de aquella *tercera* infame, mi candidez, mi ignorancia completa de las cosas del mundo, el despertar violento de un corazón que no concibe la infamia y que vuela, incauto, anhelante de felicidad, me condujo a la, para mí, invisible hoguera, en donde mis alas fueron quemadas.

Sentíme madre, y el pérfido seductor, sin corazón y sin conciencia, me abandonó; mis padres me arrojaron de la

casa, y refugiéme con una pobrecita lavandera, a quien ayudaba en lo poco que podía, pero que, generosa, compartía conmigo sus escaseces... Di a luz un hermosísimo niño, que envolví en unos harapos que me dió mi protectora, y cuando más triste estaba contemplando la carga imposible para aquella infeliz, mi madre, ¡la Madre! apareció como Ángel redentor y me condujo a su hogar... Y crié mi niño robusto, fresco, hermoso como un lucero, que iluminaba aquella mansión de la pobreza honrada...

Tres años cumplía cuando murió mi madre; a los dos meses, seguía la mi padre a la tumba... Poco había, pero nada quedó con sus enfermedades. Socorriéronme algunos días los vecinos, y quise buscar ocupación; pero en todas partes me rechazaban porque tenía un hijo... Porque era una mujer mala... y desamparada, hambrienta, desnuda, como lo estaba mi hijo, vino... ¡el diablo! en figura humana, y me ofreció un dinero a cambio de mis andrajos... Miré el cuerpo desnudo de mi hijo, que tiritaba; su cuerpo, antes sonrosado y tierno convertido en un esqueleto cubierto por un sudario, y... ¡al diablo me entregué...! Poco había de durar mi relativo bienestar; víme de nuevo en el más completo abandono y un nuevo ser rebullía en mis entrañas. ¡Cuántas amargas y trabajos sufrí para no morirnos de hambre...! Y vino mi nuevo alumbramiento. No tenía ni un jergón a donde echarme; ni una persona que me asistiera; mi hijo, hambriento lloraba a mi lado y... el otro ¡Dios mío! también lloraba... y le cogí y le apreté la garganta y lo maté... ¿Cómo pudo ser ésto? Me horroriza sólo pensarlo. ¿Por qué no había de querer a aquél como quise y quiero al otro, con toda mi alma y todo mi corazón? ¡Obré yo sabiendo lo que hacía? ¿Por qué siento la angustia y el remordimiento más cruel a cada momento? ¿Pudiera estar loca por el grandísimo pesar, los tormentos de mi existencia y los dolores del parto? ¡¡¡Sí!!! dijo secamente D. Bernardino.

PHILOS.

Cuadros de la tierra

Por una vereda de Cútar, a quien dan guardia, cubriendo la carrera, vigorosos maizales, con sus mostachos galos y sus empujadas alabardas, caminamos, bañados en tibio sol poniente y admirando la rica cinta cinematográfica con que nos obsequia el inquieto paisaje velezano, cerrado siempre por las azulescas y morateadas sierras de María, Maimón, Montalviche y Estancias. El cerro Castellón se yergue majestuoso, bañadas, acariciadas sus plantas por las ramblas del Ginte y Chirivel, ostentando su corona de derrumbados muros, que otras generaciones de otra raza nos legaron, al par que ojos negros, bellamente fieros, animados

por sangre revoltosa, altiva, violenta, difícil de dominar, plétórica de independencia.

La villa aparece envuelta en faja de filigrana dorada y verdosa, festoneada su silueta por promontorios de grisáceas y blancas nubes, recortadas graciosamente en el profundo azul de nuestro diáfano cielo, hundidas sus bases tenebrosas en el horizonte lejano...

El roncó rumorero de la vida de las gentes, se entrelaza con el cantar de los surcadores del espacio, como el dolor y la alegría, como la miseria y la abundancia, como el amor y el odio, como la traición y la lealtad, como la ruindad y la nobleza, como la ilustración y la ignorancia, como la mentira y la verdad, como todo aquello, que conocido es y definido está por la experiencia en la vida de la humanidad. Todo, todo se confunde en esta vida, y donde nos parece que cantan se lamentan, y donde parece que ríen lloran. El avaro, que posee la abundancia, disfruta de estrecheces y miserias, y el desheredado de la fortuna, que dispone solamente de su jornal, ganado a fuerza de fatigas y paciencia, goza de relativa holgura, de la tranquilidad, de que tan necesitado se halla el usurero, el avaro, el rico ramplón...

Y yo que no pensaba más que en dedicar este paseo a solaz del espíritu, a recrearlo con los mil encantos que nos ofrece nuestra huerta, nuestro campo, nuestras sierras, nuestro pueblo, no he podido sustraerme, al mirar su caserío, al recuerdo de las luchas, de las miserias, de las pasiones que alienan y distinguen a sus moradores, para lamentar su desgracia. Si en mis manos estuviera cortar esas luchas, mitigar esas miserias, acallar esas pasiones! ¡Qué cuadro más asombroso se nos presentaría a nuestra vista! Encerrado en el marco de sus sierras el inmenso jardín de nuestra vega, y entre el frondoso arbolado del jardín inmenso, el palacio que a todos nos cobija; surcado de calles... y sembrado todo, jardines y palacios, de felices parejas, saboreando las dulzuras de la paz, del trabajo, de la abundancia, del amor de la amistad...

Es muy hermoso nuestro pueblo; es muy divino nuestro paisaje; pero son muy *de carne* los habitantes y esto pone tenebrosas y gérmenes en el ambiente que enturbian el paisaje, envenenan los pulmones y no dejan latir el corazón tranquilamente, serenamente, humanamente.

Y así, como admirando las bellezas de nuestra vega, traspasé los linderos internándome en el campo del ideal ansiado para mi pueblo; del mismo modo, al pensar en los sentimientos que predominan en él, la desilusión me vuelve a la realidad y desandando el camino admiro cuadros indiferentes, pero bellos todos como los ojos que nos legaron aquellos africanos esbeltos y aguerridos, que hoy combatimos sañudamente en sus tierras, en sus cunas.

José G. Banderas

Orden y método

Está en la mano del público el éxito del periódico. Es dueño y señor, además, de la vida del periódico. Hay que tener contento al «amo» porque si no, ¡ay! ¡que pronto morirá el infante...

Y el público lo que más le satisface en un periódico es no perderse por entre las columnas de prosa, en el piélago de artículos, gacetillas, entrefilets. Comprar un periódico para enterarse de algo y tener que nadar, bucear quizá, jadeante y mareado para encontrar la línea que precisamente nos interesa, es una labor ingrata con la que pocos apechugan. Y si después de la intrincada rebusca no encontramos lo que íbamos indagando, ¡ah! entonces la furia y la indignación nos harán prorrumpir en denuestos hacia el engendro de papel impreso. ¿Quién pensará en volver a comprar el infernal y laberintico papelucho?...

El público lo perdona todo menos que se le engañe y que se le mantée. Juzgad por lo que os sucede cuando, afanosos, buscáis en el diario la noticia que os interesa y no la encontráis. Quizá estará en las columnas que pasáis y repasáis; pero ¡tan escondida! ¡tan recóndita!...

Debe ser ordenado el periódico. Las «secciones» deben estar siempre en el mismo sitio, dentro—claro está—de las necesidades del ajuste y confección. Que el lector vaya directamente al sitio que le interesa. Convenzámonos de que cada día va habiendo menos gente que «se atreva» con todo el texto de un periódico. Cada persona va «a lo suyo», el financiero revolverá en la sección bursatil; el mundano en los «ecos de sociedad»; el político en la «información política»; el taurófilo en la revista taurina; y así toda la gama del público y lectores.

Y hay que cuidar que el periódico se lea con comodidad y con rapidez.—Para ello nada como dividir el texto en secciones y hacer la jerarquía de secciones y asignar cada sección en lugar de habitual. No se trastueque el orden. Que la política este siempre en tal plana y los telegramas aparezcan invariablemente en tal otra. La confusión y el desbarajuste exasperan al lector. Un lector no suele exasperarse sino una sola vez; al segundo día, con no comprar el maldito papel que le excitó los nervios, asunto concluido.

Seguiremos hablando mañana de las «secciones» del periódico. ¿Qué orden de primacía debe seguirse? La crónica ¿debe ir?.. Y el artículo de fondo ¿debe desaparecer? Hay tela cortada. Con tu venia lector, proseguiremos.

L. G.

COLOQUIOS ÍNTIMOS

El diagnóstico dado por los Doctores Hipócrates y Esculapio sobre la dolencia del enfermo, parece confirmarse. Este continua en el estado cataléptico en que lo vimos el número pasado, multiplicándose las atenciones y cuidados que con todo esmero le prodigan los que a ello están obligados por sagrados e imprescindible deberes. Berzelio, con oportunas y discretas razones, calmó los ánimos de los que tanto se exaltaron al oír de los tabios de los facultativos la palabra *Carrascosa*, creyendo ver en ella una burla sangrienta, tanto más vituperable, cuanto más desesperada es la situación de aquel ser querido, que tendido en el lecho, inmóvil, pálido y yerto parece que está reclamando la mano piadosa de un sepulturero que oculte a las miradas de los hombres, la triste realidad de sus restos mortales.

Aplacados, pues, de aquella violenta excitación; algo tranquilizados por las frases de «hay vida», «no hay que desconfiar», «todo terminará dentro de un plazo que no debe ser muy largo», que los Doctores pronunciaron en las repetidas visitas que hacen diariamente al ilustre difunto en apariencia, y acosados ya a morar con aquella imagen de la muerte, complácense todos en distinguirse en la asidua asistencia y heroico comportamiento, para que luego, si Dios lo quiere, cuando el padre vuelva a la vida y recobre la salud y realice sus planes, reconozca la bondad de sus hijos y los premie con la largueza que todo sacrificio demanda.

Días pasados, guiado por la curiosidad (pues ya sabemos lo que es ésta en los pueblos) y movido también de compasión me dirigí a la casa del paciente: llamé a la puerta, ésta se abrió, pasaron recado y con la debida autorización entré a la misma alcoba donde se hallaban haciendo guarda don Sancho, Macario, Salomón, Buendicho, Rubicundo, Quico y Berzelio. Mi presencia fué saludada por las ligeras sonrisas y corteses inclinaciones de cabeza de todos, menos de Buendicho que, haciéndose el distraído, permanecía grave y serio, mordiéndose maquinalmente las guías de su poblado bigote.

—¿Cómo sigue—pregunté.
—Lo mismo—contestaron todos.
—¿Y desde cuando está así?
—Desde que vino de Madrid, a donde fué llamado con urgencia.
—¿Válgame Dios y qué enfermedades más raras da algunas veces!... Pero ¿toma alimento?
—Ninguno—me dijo Quico.
—¿Se mueve?—volví a preguntar.
—Ni respirar!—contestó Rubicundo.
—¿Y rige el vientre?
—¡Cá!—dijo don Sancho. Ni toma nada, ni rige el vientre, ni sale...
—¿Afuera hacen falta algunos!—exclamó Buendicho.

No quise darme por entendido de la alusión de Buendicho; pero aunque hubiera querido hacerlo, un suceso raro, sensacional, hasta espeluznante! vino a impedir lo que es fácil hubiera ocurrido de seguir aquellas alusiones tan directas.

El suceso a que me refiero fué, que el enfermo, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, se incorporó repentinamente y violentamente sobre el lecho, abrió sus ojos, en cuyas pupilas se reflejaba el espanto de la desesperación; cerró sus manos; erizóronse sus cabellos; abundantes espumarajos arrojaba por su boca y lanzando una mirada de terror a todos los circunstantes—menos a mí que víctima de horrible pánico vine a dar en tierra con mi rostro—dijo: ¿Dónde me encuentro?... ¿Qué es lo que me pasa?... ¿Adónde he estado yo?... ¡Oh! ¿Sois vosotros, hijos míos, los que aquí estáis?... ¿Es verdad que

no estoy muerto?... ¡Ah!... ¡no... no... yo no puedo... yo no debo morir!... ¡Yo tengo que cumplir patrióticas obligaciones!... ¡Yo no quiero abandonaros todavía, porque os quiero mucho... porque me necesitáis más...! porque... Pero mirad: he tenido una horrible pesadilla... ¿pesadilla he dicho? ¡No, no, visión debe ser! porque en ella se me ha aparecido el Ángel del consejo y del consuelo, ha tocado a mis oídos la trompeta de la inspiración y me ha dicho: «Vuelve, vuelve al mundo y habla a los tuyos que llorando están tu cruel y larga enfermedad; háblales y díles: No abrid jamás los labios, hijos míos; no decir a nadie, ni aun vosotros mismos, lo que en mí sucede. Ya sabéis que todas las cosas se saben y no sólo se saben sino que aparecen en letras de molde que, al divulgarse por el público, producen la hilaridad en las gentes inconscientes y quitan virtud a nuestros planes de batalla... ¡Buscad, buscad a Ule, pues ese, ¡ese!... (Dios mío, de aquí no salgo, díle yo rezando el Señor mío Jesucristo).

—¿Ese que usted dice, lo tengo aquí cogido—dijo Macario, levantándose con fuerzas hercúleas del suelo donde estaba y poniéndome delante de aquella Apocalíptica visión.

Yo, estremecido de espanto y medio muerto de miedo, fui a preguntarle por su salud, pero él, crispando sus manos y mirándome con ojos de terror, exclamó: «¡Oh, Dios mío! ¿qué veo?... ¡Ule!... ¡Ule!... ¿Quién lo ha traído aquí?... ¡Ay, hijos míos, ahora es verdad que muero; recibir mi último abrazo y para que veáis el gran cariño que siempre os he profesado, os autorizo para que bajéis al despacho, abrid el primer cajón de la mesa y allí encontrareis en un legajo lo que yo tenía pensado y dispuesto sobre vosotros... ¡No puedo más!... ¡El corazón lo siento paralizarse!... ¡Ya no veo!... ¡Ya...! ¡Llamad a Hipo!... ¡Hipo!... ¡Hipo!...»

—¿Que le ha dado hipo—gritó Salomón—traed corriendo agua, azúcar, vinagre!

—¿Que hipo!—dijeron todos. Si es que llama a Hipócrates; si es que se muere de verdad... ¡Pronto, pronto llamad a los Galenos!

La confusión que entonces se produjo fué causa de mi salvación, pues al ver que el enfermo caía de nuevo en el lecho como masa desplomada, unos corrieron a abrazarle derramando copiosas lágrimas, otros se arrojaban pidiendo favor al cielo; los menos salieron presurosos en busca de los Médicos, y yo, pues, yo salí también brincando de contento, no por la muerte del enfermo (pues libreme Dios de alegrarme del mal de nadie) sino por verme sano y salvo en medio de la calle.

Ya en ella yo no sé si corrí o volé, lo que sí sé es que en seguida me encontré en mi casa asistido por toda la familia que creían llegada mi última hora ¡En tal estado me puso el grave peligro a que me expusieron! mi curiosidad y compasión!

Al día siguiente me enteré que Esculapio e Hipócrates acudieron con suma presteza, y enterados de todo lo ocurrido y después de un nuevo y minucioso exámen que hicieron del paciente, como la familia no estaba para conversación, dejaron por escrito este parte facultativo: «El enfermo continúa en estado de muerte aparente. Conviene esperar un plazo prudencial—que no ha de ser muy largo—para ver si espontáneamente vuelve a la vida real—Transcurrido este plazo, si el estado cataléptico continúa y nos hace presumir un desenlace fatal, sólo nos queda como supremo recurso apelar a la Metempsicosis, trasladándonos a la Corte en busca del Sér que pueda realizar la trasmigración, haciéndole ver nuestro deseo de cambiar el estado de vida real del de las barbas por el de muerte aparente de nuestro enfermo. Si aquel se

niega, o promete hacerlo en *nuevo plazo*, la muerte será cierta, apareciendo *enseguida* los signos de descomposición cadavérica en nuestro paciente—Hipócrates—Esculapio.—

Queda a la imaginación del lector el trabajo de recomponer las escenas que sucedieron a la que dejamos lijeramente descrita y pase el cronista a dar cuenta de la prontitud con que todos acudieron a cumplimentar los encargos que el ilustre enfermo es dió en el breve momento de vida que tuvo.

Cuenta el negro brujo—que de nuevo ha venido a visitarme—que después de reponerse todos del sobresalto que les produjo la recaída aparatosa del doliente, se juramentaron a no hablar más del idolatrado padre, aunque el mismo Rey en persona viniera a preguntarles; pero dice también el brujo, que no todos han sido fieles al juramento prestado, pues no obstante él, Timorato declara públicamente que «el *papá* está mejor y que en breve lo barrerán todo»—ignoro si ha llegado la escoba para la limpieza—y la mayoría de los de aquí propalan que «todo lo tienen y que dentro de un plazo breve se verán cosas estupendas»; el único en no decir nada es Berzelio, pero ignoro también si este silencio obedece a la fidelidad jurada o a impedirselo el estudio detenido y concienzudo que está haciendo de la «Ley Municipal». Ello es lo cierto que este primer encargo ha quedado incumplido, pero no así el segundo, pues la misma noche del día en que yo fui a la casa del político enfermo, cuando ya las visitas se retiraron y quedaron libres los interesados, bajaron al despacho, dejando a Quico para que hiciera vela al paciente.

Llegado que hubieron a la habitación mencionada, don Sancho sacó la llave que encierra los vastos propósitos que abriga el cataléptico. Sacar la llave y caer todos de rodillas fué cosa de un instante, visto lo cual por don Sancho, creyendo propicia la ocasión para arreglar a sus hermanos, sacó el pañuelo, fingió limpiarse unas lágrimas que no caían por sus mejillas y tras un ligero gargajeo, les dijo:

Correligionarios y señores míos: La acción que acabais de realizar, arrodillándoos instintiva y religiosamente en presencia de la llave, demuestra que sabéis corresponder, que sois agradecidos y por ende nobles y caballeros... Era el año 1870; aquel año en que la Providencia, abriendo sus divinas manos, dió tal fertilidad a nuestros campos, como largos siglos jamás la vieron. Trátase de la recolección de la patata, de ese mismo tubérculo que tan mal viene pagando hace algunos años el trabajo del pobre labriego. Yo fui comisionado por aquellos seres tan queridos para mí, de los que repetidas veces os he hablado, para presenciar la cogida de dicha cosecha en una de las fincas que en la actualidad poseo: la tierra estaba agrietada, como no pudiendo contener la enorme cantidad del feculento fruto producido en su seno, (al llegar aquí, viendo que esto se hacía interminable se levantaron todos y tomaron cómodo asiento); la alegría se reflejaba en los rostros de aquellos infelices labradores que tan ubérrimamente se veían recompensados en sus penosas vigiliass, y cuando fueron a dar principio al trabajo, con los azadones ya en la mano y las chaquetas quitadas, doblaron sus rodillas, y cayendo sobre la tierra, entonaron el himno de gracias más conmovedor que yo he presenciado. Aquello quedó grabado en mi alma para no olvidarlo jamás, y nuestra acción de ahora me lo ha reproducido de tal manera, que presumo encontrar en ese cajón algo, que por su valía, bien pudiera compararse a aquella abundantísima cosecha de patatas. Cumpliendo, pues, el deber de gratitud, procedamos a la lectura de lo que tanto nos interesa.

Abrió el cajón y sacando de él el misterioso legajo vieron que decía: Distri-

bución de honores y empleos para el día en que triunfe mi política.

1.º Mi primogénito Sancho gozará siempre y en todo momento de la primacía de honor que le corresponde por su clasificación, por sus buenos servicios, y larga y leal historia política. Por lo tanto, aun cuando no esté revestido de la potestad de jurisdicción, ocupará en todo acto público, ya sea civil, ya religioso, la presidencia, con hacha de tres mecheros, que nunca será disputada por nada ni por nadie. Item: estará exento de todo tributo.

2.º Macario seguirá a Sancho en el cúmulo de honores señalados para éste. Gozará por algún tiempo de la potestad de jurisdicción, y se le dará, para que él la conceda a quien bien lo tenga, la Contaduría de los fondos Municipales. Item: no exento de tributos, estos serán los más módicos que las circunstancias permitan.

3.º Timorato gozará desde luego completa autonomía en el feudo que gobierna, sin que tenga ninguna intervención en sus actos el Ministerio de Justicia, ya que este usa de malas bromas, incompatibles con la seriedad que caracteriza a tan digno funcionario.

4.º Berzelio tendrá, en compañía del que Sancho señale, la cobranza de consumos, concediéndole también por sus grandes iniciativas e incomparable arrojó la *Gran Cruz* pensionada de Beneficencia.

5.º Salomón entrará en posesión de la Depositaria, gozando además de relativa exención de tributos.

6.º Buendicho será premiado con el honorífico cargo de Síndico, sintiendo no contar con otra recompensa para premiar sus desvelos.

7.º Quico y Rubicundo no serán nunca molestados con exesivas ni aún con justas cuotas de consumos, participando de alguna que otra derrama que el consejo acuerde.

8.º A Hipócrates se le tendrán presente sus buenos servicios, así como también a su compañero Esculapio.

9.º y último: Para que la acción benéfica de mi actuación se extienda a todas partes; teniendo presente la magna hecatombe que aflige a las naciones de Europa, y con el fin de terminar cuanto antes el cruento derramamiento de sangre que deja sin vida a millones de seres, se enviará *enseguida* a los frentes de batalla a nuestro valeroso paisano ex-Marqués del Llano, para que este, con la fuerza terrible de su invencible brazo, apague el mortífero fuego, haga callar los estampidos de los cañones del 42, disipe los gases asfixiantes, ponga coto a tantos desmanes, haga brillar el luciente iris de la paz sobre el horizonte de Europa y... Ya no sé lo que pasó, porque al llegar aquí se apagó la luz, que era lo menos que podía pasar.

ULE

NOTICIAS

Después de pasar entre nosotros una temporada, ha regresado a Granada acompañado de su distinguida familia, nuestro muy querido amigo y paisano, el competente Abogado D. Fernando Pérez Suárez.

—Ha salido para Alicante, nuestro respetable amigo D. Diego Rame Cánovas.

—El ilustrado Doctor Arroyo, médico militar que sirve su destino en Ceuta, ha regresado con su familia a dicho punto, despues de pasar aquí unos días.

—Para Almería ha salido, con su hijo Antonio, el acreditado comerciante de esta plaza, D. Juan Rivera Zapata.

—Ha regresado de Arbóleas y Aguilas con su hermana y sobrinos, el respetable Párroco de esta villa, D. Pedro Cervantes Pérez.

